

LO IMPUESTO

La diferencia entre leyes constitutivas y leyes regulativas hace fácil de entender lo poco que debemos a la libertad en la obra instituyente del Estado de partidos. No me refiero ahora a la falta de libertad política en la sociedad civil, y en las Cortes diputadas por ella, durante la empresa constitucional que puso fin a la Transición. Aquí llamo la atención sobre la calidad y cantidad de libertad de que gozaron los partidos para imponernos «su» Constitución, mediante una completa impostura. Esa libertad, mostrada con magnificencia para regular las libertades civiles, convirtiéndolas en derechos subjetivos, tuvo escasa galanura ante los derechos políticos. Los partidos actuaron con desparpajo para legalizar las libertades personales, porque éstas no habían sido otorgadas por el Estado, sino conquistadas y normalizadas por una sociedad civil que se había movilizado por la causa democrática. Pero carecieron de valor para instituir los derechos políticos correspondientes al ciudadano en una democracia, porque éstos se otorgaron ilimitadamente por un Estado dictatorial, sin ser fruto madurado por la libertad política.

En materia de poder político caminamos con incertidumbre por el «puente de asnos» que tendieron los partidos, sobre el océano de imposiciones de la dictadura, para encarrilar a los ciudadanos en posiciones centristas de libertad partidista. Lo «puesto» por los partidos constituyentes se apoyó sobre la idea y la práctica del Poder «impuestas» por cuarenta años de ausencia de libertad. Lo impuesto a ellos no sólo era lo dado como hecho indiscutible a las Instituciones del Estado por su anterior Régimen (Monarquía, indivisión del poder, sumisión de las funciones legislativas y judiciales al ejecutivo, irrepresentatividad de los electores, irresponsabilidad de los elegidos, consenso mediático y control de la cultura), sino también lo retirado de la Sociedad, al modo de impuestos fiscales o peajes de tránsito rápido, a causa de la falta de libertad política, y la retroacción sobre los partidos de la escala degradante de valores, que ellos mismos pusieron de moda, con su mala fe constituyente de la falta de respeto a la verdad de los hechos, a la lealtad hacia sus promesas públicas o juramentos anteriores, a sus principios fundadores y a los ideales de la democracia formal.

He usado la metáfora medieval del «pons asinorum», atribuida a Buridan, por la perfecta analogía de las relaciones requeridas, en la lógica clásica, para averiguar el término medio o puente de un silogismo, con las que se necesitan en las relaciones de contrariedad supuesta, entre lo impuesto y lo puesto, para hallar dónde está el centro político buscado por lo opuesto (oposición) al partido gobernante, a fin de desplazarlo de su posición. Al comparar el diagrama del «puente de los asnos» con el «cubo de oposición» de la



lógica aristotélica, encontré que faltaba en éste último la diametral que enfrenta, en las antípodas, cada vértice de la contrariedad al de la contradicción. Tracé líneas diametrales desde cada vértice del cubo. El

punto interior donde se cruzaban no ilustraba, como creía, la posición del centro en la oposición entre contrarios, sino el centro de gravedad que permite a los opositores convertir posturas de lo impuesto en imposturas de lo puesto, y lo opuesto en compuesto, sin destruir el equilibrio del sistema. Pido excusas por esta referencia, tal vez oscura, a la ilustración que algunos lógicos modernos hacen de las oposiciones entre contrarios o contradictorios. Pero esta imagen gráfica puede ayudarnos a comprender la razón de que la idéntica postura centrada de los dos partidos gubernamentales, su tranquila sumisión a lo impuesto en los usos del poder por la dictadura, obedezca más a la impostura y compostura (componenda) de la Constitución, que al vulgar oportunismo de su falta de base ideológica.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

LECCIONES DE LA II REPÚBLICA

Hace setenta años se proclamó la II República española. Fue aquella la fecha más cuajada de esperanzas por parte de nuestros pueblos en el siglo que acaba de morir. Entonces se puso en marcha un proyecto histórico de convivencia renovadora, que fue yugulado violentamente tras larga guerra. No sólo fue yugulado, además, como algunas plumas, cual la de Antonio Elorza, han expuesto estos días, se ha pretendido borrar tal proyecto de la memoria colectiva. Como si la historia de la II República y de su heroica defensa armada hubiera sido una pesadilla, inquietante para nuestros días ápteros y grises, bajo el lema de que «España va bien». Y, por ello mismo, es necesario recordar lo que representó aquel tiempo de esperanza y de inicio de una renovación que hubiera podido levantar a España muy por encima de su actual resignación a la mediocridad.

Si comparamos ambos tiempos, el de la II República y el actual, lo primero que podemos observar es que en aquel existía un proyecto creador y renovador. En profunda unidad con la voluntad de afrontar sin tapujos los graves, gravísimos, problemas que afectaban a nuestra sociedad.



Algo muy distinto del clima actual en que los problemas —aun siendo de apariencia menos apremiante— son en todo caso, ocultados, difuminados. Y es que la perspectiva de un proyecto ambicioso y movi-

vilizador brilla por su ausencia. Ciertamente los problemas con que se encontraba la II República eran especialmente intensos. Una situación de pobreza y amplio analfabetismo. Un momento histórico de crisis económica y política, con el ascenso de los fascismos y con las perspectivas de las revoluciones obreras y campesinas. Y ante esta situación se abrían dos grandes avenidas: la de los intelectuales, empeñados en llevar adelante el desarrollo cultural que fructificaba desde el pasado siglo XIX y la de las masas luchando por acceder al poder y crear una sociedad sin explotación. En nuestro país ambos movimientos habían estado históricamente bastante alejados, pero en la II República y la guerra civil se empezaron a unir en nuevas generaciones que el triunfo de los sublevados liquidó físicamente o envió al exilio. Una unidad que en importante medida se reconstruyó en la oposición al franquismo, hasta que la amañada transición, tan ilustrativamente comentada por Antonio García Trevijano en estas mismas páginas, liquidó, ahora menos violenta, más corruptora, atrayendo a muchos pretendidos «progres» a las esferas del poder.

Corrupción: quizá con este término aprendamos una de las mayores diferencias entre la época de la II República y la actual. Y una de las grandes lecciones que de aquellos tiempos debieran venirnos. Por mucho que podamos criticar a las figuras políticas que dirigieron la II República no se puede poner en duda su honestidad. Una honestidad en la cual brillaba la austeridad. Aplastada actualmente por el despilfarro irresponsable y la exhibición del lujo. Por la difusión de la picaresca.

Fueron tiempos de moralidad pública y de alta ilustración. Comparemos los discursos de nuestros políticos con los pronunciados en aquellas jornadas. Y nuestro mundo cultural dominado por el oportunismo y las mafias de la industria cultural con la producción y el clima dialogante de aquella época. La II República construyó seiscientos escuelas mensuales en su primera etapa. Erradicó el analfabetismo en toda Cataluña. El paso del tiempo, nos ha traído una España con muchos menos analfabetos, y con menos hambre. Pero ¿qué se lee, qué espectáculos se ofrecen en la poderosa TV y qué se come? Productos adulterados por la industria alimentaria, escenarios como el de El Gran Hermano, libros fabricados para los amañados premios, redactados sin la más elemental sintaxis.

¿Pesimismo ante lo actual? ¿Nostalgia? No, amigo lector, se trata de que en los actuales tiempos recuperemos el sentido crítico, la voluntad de superación, la conducta ética. Es lo menos que debemos aprender de la II República y aplicar a los problemas de nuestros días.

Carlos PARÍS

CARIÑO POLÍTICO

Lleva más de 20 años sin presentarse a unas elecciones, pero en el PNV todos bailan a su son, desde los poderosos a los más humildes. Siempre en la sombra, sin tomar el riesgo de las urnas, Xavier Arzallus se encuentra henchido de gozo por haberse convertido en la quintacesencia del nacionalismo vasco. Sus coadyudantes son casi una anécdota. Así que ahí tenemos al pobre Ibarretxe dale que te pego con «propuestas» de singular nivel de tontería como la del «diálogo sin límites». Pero, ¿qué va a hacer, el pobre, si siendo el candidato del PNV, le dan de lado y otro candidato como Mayor Oreja reta a Arzallus a un debate y no a él? Otros peneuvistas pintan mucho más que él, pero con Ar-

zallus lo tiene igual de crudo. Caso de Arzanza, desautorizado en cuanto abre la boca. Está claro que para evitar volverse megalomaniático completo, Arzallus, presa de repentina generosidad, ha mostrado su «cariño político» por EH, diciendo que el PNV retiraría sus candidaturas si es ilegalizada. Sería la primera vez en la historia que un partido que convoca unas elecciones no se presenta. Arzallus habla por hablar, pero ¿verdad que no estaría nada mal que se atreviera con innovaciones como ésta?



Luisa PALMA

